

LA EXTRAÑA PAREJA

PSEUDÓNIMO: WALTER

El viejo boticario y el médico, quinto suyo, ¡qué pareja!: toda una vida compartiendo pueblo, a menos de cincuenta metros la farmacia y la consulta. Una amistad de enemigos acérrimos o una enemistad de amigos inseparables, según se mire. Los *Jack Lemmon* y *Walter Matthau* de Villavieja. Desde niños compañeros de juegos y rivalidades, peleas y reconciliaciones. Porfiaron por la misma mujer casi al mismo tiempo en época de mocedad, aunque ninguno de los dos consiguió sus plácemes en favor de un veterinario recién llegado, mucho más del agrado femenino que aquellos dos viejóvenes de tan rancia estirpe.

Estudiaron en idéntica Universidad carreras complementarias y volvieron al pueblo a ejercer, uno sustituyendo a su padre, el doctor, y el otro quedándose con la vieja botica de su abuela. Y formaban un tándem prodigioso, un tira y afloja continuo en todos los ámbitos, tanto en política, como en influencia social, donde cada uno tenía sus acólitos, e incluso en su pasión futbolera: en merengue y azulgrana revestidos sus respectivos corazones.

Llegaron a pugnar como candidatos en unas elecciones municipales, pero un tercero en disputa al final se llevó el gato al agua, sí, el veterinario, quien -a pesar de ser forastero- estaba muy bien considerado tras casarse con aquella mujer que fuese oscuro objeto de deseo.

Lo que sí llevaban a gala, y en ello se mostraron siempre irreprochables y dignos de distinción, era en el combate contra las enfermedades y en la prevención de las epidemias. Sin contacto, se complementaban y formaban un equipo sanitario único que mantenía por debajo de la media provincial, muy por debajo, los índices de cualquier incidencia infecciosa. Debía ser el pueblo de la región con mayor longevidad, y ello sin duda era mérito conjunto, cada cuál en su ámbito respectivo, pues si un galeno es fundamental en la lucha contra los gérmenes, no lo es menos el farmacéutico en ese contacto diario con los vecinos y su asesoramiento en la dispensación de fármacos.

Ambos quedaron sin emparejar porque actuaban un poco como el perro del hortelano: se estorbaban, se ponían zancadillas, se imposibilitaban la vida y siempre terminaban por aburrir a la damisela en cuestión con sus chiquillerías continuas.

Les cuento la última: desde hace meses el médico ha empeorado ostensiblemente su letra, mala de por sí desde que estudiaba, y lo ha hecho adrede, lanzando así un órdago a la hermenéutica del boticario, quien -sin haber cruzado palabra- ha comprendido el juego enseguida y ha aceptado el envite. La mayoría de las recetas son intuitas más que interpretadas, pero a ambos les divierten sobre manera estos retos silenciosos y absurdos.

Y así han estado hasta hoy mismo, cuando ha llegado doña Filo con una nota manuscrita con la caligrafía del doctor, para entregársela al de la copa de Higea con la serpiente. Nadie podía leer lo escrito, ni intuirlo si quiera; pero él farmacéutico ha salido como una bala, aun sabiendo que no iba a llegar a tiempo para salvar a su amigo.